

LA REFORMA DEL CUARTO PODER

ventajismo y la diatriba; para la insidia y la animadversión. Los periodistas debemos pensar en una preparación más amplia, más cónsona con la realidad, más dinámica y más ágil que la ofrecida en las Escuelas de Periodismo. Las exigencias del lector así lo imponen. Día a día aumenta el afán de saber y de informarse; de conocer el principio de las cosas y el de lograr —mediante una breve mirada— el conocimiento exacto de lo que pasa en el mundo. A los medios de comunicación acuden todos los días, y a cada hora los universitarios y los científicos; los artistas y los técnicos; los educadores y los militares; los deportistas y los obreros especializados; en fin, toda persona con inquietudes y con espíritu de convivencia. Ello constituye signo inequívoco de la necesidad de actualizar y enriquecer el contenido del periodismo y de renovar muchos conceptos.

Pero el campo es más amplio y más comprometedor. La comunidad cuenta con un sector con participación cada vez más creciente: la juventud. De ello se deriva que la relación prensa-juventud también debe ser mayor. Con motivo de las jornadas de comunicación social el pasado año, Su Santidad Paulo VI dirigió un mensaje donde se planteaba la siguiente interrogante: "¿Quién no está consciente de la inmensa responsabilidad que incumbe a todos y cada uno de nosotros, ante la historia y ante Dios, de aprovechar las posibilidades extraordinarias que estos medios nos proporcionan para ayudar a los jóvenes a informarse, a formarse, a descubrir los problemas reales del mundo, a perseguir valores auténticos de la vida, a asumir con plenitud su vocación de hombres cristianos?"

La inquietud del Pontífice acentúa la preocupación por la misión social de los medios de comunicación social, y especialmente de la prensa; pues, como él lo ha explicado, estos medios deben estar al "servicio del hombre, de todos los hombres y de todo el hombre". Lamentablemente, y esto se consagra en el mensaje papal, "con demasiada frecuencia los medios son manejados por una industria que se convierte en su propio fin, degeneran en instrumentos de explotación, sobre todo de los jóvenes y de los niños, consumidores fáciles de arrastrar por las pendientes del erotismo y de la violencia, o por los caminos de la incertidumbre, la ansiedad y la angustia".

El señalamiento del Santo Padre de que "tan perjudiciales como el erotismo y la violencia son los caminos tortuosos de la incertidumbre, la ansiedad y la angustia", debemos tenerlo muy presente los periodistas, quienes cotidianamente escribimos para pueblos jóvenes, para comunidades infantiles. Cuando el jefe del hogar toma el periódico por la mañana para informarse sobre los acontecimientos del día, enterarse del movimiento bursátil o leer lo que pasó allende nuestras fronteras, el hijo está a su lado y no solamente lee los titulares, sino que los capta. Hoy no escribimos para un grupo de privilegiados. Los lectores cada día son más numerosos y de diversas edades; lectores, la mayoría de las veces, sin criterio propio, en período de formación. En esto estriba nuestra responsabilidad social.

Otra cosa conveniente de anotar es la de que el mundo gira alrededor de la impaciencia, de la ansiedad, de la angustia; de allí la obligación de quienes dictamos nuestras clases a través del medio de prensa de aprovechar esa inquietud para encauzar las angustias. El compromiso radica en utilizar la energía para motivar a la misma comunidad; pero no para impulsarla hacia la guerrilla, hacia la violencia, hacia la diatriba, hacia las especulaciones, hacia el odio. No; el compromiso es más serio: consiste en generar bien, tranquilidad espiritual, inquietudes creadoras, reformas productivas y una cultura que permita "saborar los auténticos valores de la fraternidad, de la paz, de la justicia, del bien común".

En conclusión: el periodismo y la comunicación social son un apostolado. El periodista es el depositario de ese apostolado. Ello lo ata con el sacrificio, con la superación, con el estudio, con el constante trajinar; su misión es cotidiana y debe responder en todo momento a los más altos y puros intereses. El privilegio y las prebendas quedan a un lado. Esta es la meta que debemos proponernos si queremos cumplir en el momento y si no deseamos ser desplazados por quienes con ideas renovadoras y muy justas tratan de conquistar las posiciones dirigentes. Los treinta años de la A.V.P. constituyen un reto y un estímulo para buscar nuevas ideas y para sepultar el lugar común de los "representantes del cuarto poder".